

Del Tratado de la Pintura de Leonardo

El "Tratado de la Pintura" de Leonardo es una recopilación de un discípulo sobre notas del gran Maestro. Publicado por primera vez en París en 1651, no contiene una verdadera teoría del arte, sino los motivos en los cuales Leonardo se inspiró en su actividad artística. Reproducimos a continuación partes que se refieren a la esencia de la pintura, la predilecta entre las artes por Leonardo, a su superioridad sobre la música y la escultura, y, en fin, a las cualidades que debe tener el pintor.

LA ESENCIA DE LA PINTURA

El pintor imita la naturaleza y rivaliza con ella.

Si desprecias la pintura, única imitación de todas las obras evidentes de la naturaleza, desdeñas una invención sutil, invención que sirve para considerar con filosofía y con fina especulación todas las cualidades de la forma: islas, plantas, mares, animales, hierbas, flores, rodeadas todas ellas de sombras y de luces.

Esta ciencia es la hija legítima de la Naturaleza, como engendrada por ella: pero yo diré más bien, con más exactitud, que es nieta de la Naturaleza, porque todas las cosas evidentes son hijas de la Naturaleza y de estas cosas evidentes nace la pintura. Con razón, pues, la llamaremos nosotros nieta de la Naturaleza, emparentada con Dios.

DEL TRATADO DE LA PINTURA

La deidad que es la ciencia del pintor, consigue que su espíritu se transforme en una similitud del espíritu divino, pues con libre facultad razona sobre la generación de las diversas esencias: animales, plantas, frutas, paisajes, campos, montes derruidos, parajes temerosos, espantosos, que hielan al espectador, o lugares encantadores, suaves, seductores, prados floridos de mil colores, recorridos por bellos regatos y por dulces brisas, a la vista del viento que huye; torrentes que se precipitan entre remolinos desde las alturas, con impetuosidad de inmensos diluvios, pasando por encima de plantas arrancadas de raíz y mezcladas entre el barro, las piedras y las espumas; mares soliviantados por tormentas y huracanes, irguiéndose en el espacio con olas soberbias para volver a caer, deshechas en espuma bajo el viento que remueve las profundidades; aprisionando bajo ellas lo que su cólera bárbara desgarrar y dispersa, a un tiempo, entre fangosas espumas; remontando, impulsadas por los vientos, los promontorios vecinos, fuéra de cauce, hasta sobrepasar la cima de los montes y caer por la vertiente opuesta; mezclándose bajo el furor del ciclón o revolviéndose a veces contra el viento para caer como lluvia sobre el mar o precipitándose, arrolladoras, desde los altos promontorios; rompiendo cuanto se opone a su empuje devastador o chocando con las olas y elevándose hasta el cielo, llevando el aire de nubes espumosas y confusas que repercuten sobre las mesetas de los promontorios y engendran nubes oscuras a merced del huracán, su tirano.

SUPERIORIDAD DE LA PINTURA SOBRE LAS DEMAS ARTES LIBERALES

La poesía y la pintura

De la poesía a la pintura va la misma distancia que de la imaginación al acto, de la sombra de un cuerpo al cuerpo que la proyecta, pues la poesía hace depender su obra de las letras que son convencionales, en tanto que la pintura presenta sus obras delante de las personas para que éstas reciban su similitud como si se tratara de obras naturales.

La pintura tiene un objeto más digno que la poesía, y da la figura de las obras naturales con más verdad que el poeta.

Las obras de la Naturaleza son más dignas que las palabras, mera obra de los hombres. De la obra del hombre a la obra de la Naturaleza va tanto como de la obra del hombre a la de Dios. Es mucho más digno, por tanto, imitar las cosas naturales, que son las verdaderas similitudes de lo real, que imitar con vocablos los gestos y las palabras humanas.

La pintura representa, por medio de los sentidos, con verdad y con certeza, las obras de la Naturaleza, cosa que no hacen las palabras y las letras. Las letras llevan a la pintura ventaja cuando han de representar la palabra; pero, ¿no es más admirable la ciencia que representa las obras naturales que aquella otra que nos da la obra del operador, la obra de los hombres, o sea la palabra, la poesía, y cuanto se manifiesta por medio del lenguaje humano?

¿Cómo sobrepasa la pintura todas las obras humanas? Por la sutil especulación que le es propia.

El ojo, ventana del alma, es la vía principal por donde el sentido común puede considerar sencilla y magníficamente las obras infinitas de la Naturaleza; el oído es la vía segunda, que se ennoblece gracias al relato de lo que ha visto el ojo.

Si vosotros, historiógrafos, poetas, observadores, no hubiéseis visto nunca con los ojos, no podríais referir nada en vuestros escritos, hijos al fin de la pintura.

Aunque el poeta pueda, como el pintor, escoger libremente sus invenciones, no podrá realizarlas tan satisfactoriamente, porque la poesía representa con palabras y el pintor emplea para representar formas semejantes al modelo.

Si tú, poeta, pintas una batalla sangrienta, en medio de sombras oscuras y tenebrosas, envueltas por la humareda de máquinas terribles y asesinas, por la polvareda que levantan los enloquecidos desgraciados temblando de horrible muerte, el pintor te sobrepasará en esa tarea, porque tu pluma se encontrará rendida antes de que puedas describir, ni aún siquiera someramente, lo que el pintor representa inmediatamente con su ciencia. Tu imaginación se verá detenida y tu cuerpo abatido por el sueño y por el hambre antes de que hayas podido pintar con palabras lo que el pintor consigue en un instante.

En esta pintura nada falta, de las cosas representadas en ella, más que el alma. En cada cuerpo aparece la integridad de la parte que puede quedar demostrada con sólo su aspecto.

¿Qué esfuerzos penosos y largos no tendría que hacer la poesía para dar sensación de todos los movimientos de personas combatientes para representar sus miembros y los ornamentos de las armas, cosa que la pintura indica con tanta rapidez como verdad? Sólo le faltaría a esta escena los ruidos de las máquinas, los gritos espantosos de vencidos y vencedores; pero tampoco el poeta puede hacer sensibles al oído todas estas cosas.

El verdadero oficio del poeta consiste en imitar las palabras que se dicen las personas entre sí, lo cual sólo corresponde, desde el punto de vista natural, al sentido del oído, pues las palabras están creadas por la voz humana. En todo lo demás, el pintor sobrepasa al poeta. La variedad propia de la pintura no puede nunca, ni remotamente, ser lograda con palabras: el pintor hará infinidad de cosas que el poeta no podrá expresar jamás falto de vocablos apropiados.

¿Quién, oh hombre, te impulsa a abandonar tu casa de la ciudad, a dejar parientes y amigos, para irte por montes y valles, cruzando parajes campestres? ¿Quién, sino la belleza natural del Universo?; lo que, pensándolo bien, sólo puedes gozar con el sentido de la vista. Y si el poeta quiere llamarse entonces, él también, pintor, ¿por qué no aprovechas sus descripciones de aquellos sitios, y te quedas en casa sin tener que soportar el calor excesivo del sol? ¿No conseguirías un resultado más útil con menos fatiga, al fresco, sin agitación, sin peligro de enfermarte? Pero el alma no lograría entonces el beneficio que los ojos —ventanas de su habitación— le conceden de contemplar las imágenes de alegres paisajes, de umbrosos valles, regados por el curso juguetón y sinuoso de los ríos; ni podría ver las variadas flores que armonizan sus colores para encanto de los ojos, y todas las demás cosas que se manifiestan a la vista. Pero si el pintor en los días fríos y duros del invierno, te muestra esos mismos parajes y otros que fueron escenario de tus placeres, por ejemplo una fuente al lado de la cual tú puedas nuevamente verte con tu amada, en la pradera florida, bajo las sombras ligeras de los árboles verdes, no recibirás más deleite que oyendo describir los mismos efectos por el poeta?

La pintura y la música

La música no debe ser llamada sino hermana de la pintura, porque es subordinada al oído, sentido que sigue a la vista. Compone sus armonías conjuntando sus partes proporcionales simultáneamente, destinadas a nacer y morir en uno o varios espacios armónicos. Estos tiempos rodean la proporción de los miembros, pues esta armonía se compone como si se trazara una circunferencia a semejanza del contorno de los miembros que engendra la belleza humana.

Pero la pintura sobrepasa a la música y la rige porque, una vez terminada su creación, no cesa, como ocurre con la música, y permanece, por tanto, en su esencia, mostrándonos en una sola superficie toda su vitalidad.

¡Oh maravillosa ciencia! Tú conservas vivas las bellezas perecederas y mortales y haces que duren más tiempo aún que las obras de la Naturaleza, siempre supeditadas a las variaciones del tiempo y a la caducidad de lo que envejece. Esta ciencia tiene frente a la divina Naturaleza, la misma proporción que sus obras tienen frente a las obras de la Naturaleza, y por eso es adorada.

La pintura y la escultura

Después de la música viene la escultura, arte dignísimo, pero no de tanta excelencia ni de tanto genio. En dos puntos primordiales y difficilísimos, la perspectiva y el claroscuro, en los que el pintor, ayudado por la Naturaleza, procede con soltura, renuncia la escultura a imitar los colores que sirven al pintor para encontrar el juego de sombras y de luces.

Entre la pintura y la escultura no encuentro más que esta diferencia: que el escultor realiza sus obras con mayor fatiga de cuerpo que el pintor, y el pintor realiza las suyas con mayor fatiga de mente. Así se demuestra que el escultor, a fuerza de brazo, va haciendo saltar a golpes en el bloque de mármol u otra piedra dura, todo lo que excede a la figura cerrada en él. Su ejercicio, mecánico en alto grado, va frecuentemente acompañado de copioso sudor, que se mezcla con el polvo y se convierte en fango. Con el rostro enharinado como el de un panadero y todo el cuerpo cubierto de menudas escamas de mármol, diríase que le ha nevado encima. Su habitación, llena de fragmentos de piedra, es sucia y polvorienta.

Todo lo contrario ocurre con el pintor —hablando de pintores y escultores excelentes—. Bien vestido, cómodamente sentado frente a su obra, mueve sobre la tela su livianísimo pincel, embebido en finos colores. Sus ropas son elegantes y a su gusto. Su habitación es limpia, y adornada con pinturas exquisitas. Se hace acompañar a veces de músicos y de lectores de bellas y variadas obras, las cuales, lejos de todo ruido de martillo o de cualquier otro bullicio, son escuchadas con deleite.

CALIDADES DEL PINTOR

El pintor debe ser solitario, considerar lo que ve, hablar consigo mismo, escogiendo los aspectos mejores de cada cosa, a semejanza del espejo donde se reflejan tantos colores como hay en las cosas. De este modo será el arte una segunda Naturaleza.

No puedes considerarte buen pintor si no eres maestro universal, capaz de realizar con tu arte todas las cualidades de la forma que produce la Naturaleza, y no sabrás obtener estas cualidades si no las ves y retienes en tu espíritu. Cuando vayas, pues, por el campo, aplica tu juicio a la infinita variedad de objetos que te encuentres y pasa de una cosa a otra formando una buena gavilla de observaciones variadas y selectas.

El pintor hará obra de poco valor si tiene por maestra la pintura de otro; hará en cambio obra fructífera si se inspira en la Naturaleza. Nosotros venimos viendo, desde los tiempos de los Romanos, que los pintores se imitan unos a otros y así van llevando su arte cada vez a mayor decadencia.

Giotto de Bondone: este florentino, nacido en montañas solitarias, sólo habitadas por cabras y animales por el estilo, teniendo frente a sí la fisonomía de la Naturaleza, se puso a dibujar sobre las rocas las actitudes de las cabras que miraba y continuó dibujando todos los animales que veía: así, después de mucho estudio, logró sobrepasar, no sólo a los maestros de su tiempo, sino también a todos aquellos de los siglos anteriores.

El arte decayó después de Giotto porque todos imitaron las pinturas hechas ya, y la decadencia continuó así hasta Tomaso, florentino, denominado Masaccio, que mostró en su obra perfecta que en vano se esfuerzan todos aquellos pintores que no se atienen a la Naturaleza, maestra de maestros.